

los oprobios y las persecuciones á los cuales debía someterse el Salvador del mundo, y con Él, la Mujer destinada para ser su Madre. Y, sin embargo, al anuncio de que Tú eras esa Mujer, léjos de afligirte por ello, inclinas la frente, humilde y resignada, regocijándote por entrar en tal vía de amarguísima tribulacion para el universal rescate. Tú entras en ella, magnánima y generosa, recorriéndola hasta el fin con un heroísmo inaudito en todos los siglos. ¡ Y héte aquí hoy en tal camino, llegando á Belén, desconocida de todo el mundo, como la última mujer, en busca de un albergue cualquiera, con tu esposo José; Tú, descendiente de régia estirpe; Tú, hija primogénita de Dios; Tú, gloria de Jerusalén; Tú, alegría de Israel; Tú, honra suprema de la creacion! Y en vista de ello ¿ pudiera haber hombre alguno que no te admirara, que no te amara, que tuviera la osadía de posponerte á una miserable criatura contaminada con la culpa y llena de toda suerte de imperfecciones? Obre así, enhorabuena, el mundo réprobo, sobre el cual ha caído la maldicion de tu Hijo, Jesucristo; pero no nosotros; aunque tuviéramos que sacrificar nuestra vida. Nosotros te amaremos ¡oh María! sí, te amaremos siempre con todo el afecto de nuestro corazon; hoy hacemos de ello el más firme propósito, y así te lo prometemos del modo más solemne. Tú, entretanto ¡oh María divina! dignate presentar nuestra promesa á las plantas de tu Dios, y nuestro, á fin de que la bendiga, la corrobore, la santifique, y haga duradero nuestro propósito hasta el momento de nuestra muerte.

Así SEA.

---



---

## DIA DIEZ Y NUEVE.

---

### MARÍA EN EL PORTAL DE BELEN.

*Cum essent ibi, impleti sunt dies ut pareret.*

Hallándose allí, le llegó la hora del parto.

(Luc. II, 6)

Las disposiciones de la divina Providencia son siempre objeto de tanta admiracion y consuelo para aquellos que conocen los admirables caminos del Señor y sus adorables designios, como de terrible amargura para el corazon de los malvados y orgullosos, que adoran su propia razon como una divinidad. Dichas miras son sublimes y consoladoras para los hombres humildes de corazon, porque éstos saben, que acá abajo solo vemos la corteza, ó la superficie de las cosas, hallándose oculto á nuestros ojos aquel hilo misterioso que á todas las coordina para la consecucion del fin que se propone la divina sabiduría; la cual solo se nos manifestará en todos sus pormenores, cuando Dios, descubriendo á nuestras miradas el velo que separa al tiempo de la eternidad, dará solemnemente á todas las naciones la razon de su justicia y de su misericordia. Y esa verdad amarga desgarrará continuamente el corazon de los inícuos y orgullosos, porque no comprendiendo ellos los misterios de la vida futura, á los cuales la presente se refiere íntimamente, véense, en cierto modo, confinados en un desierto, contemplando ante sí un inmensurable y pavoroso horizonte, del cual ignoran el fin y el misterio. Esos son aquellos desdichados de quienes está escrito: «No conocieron el sendero de Dios, y por eso perecieron miserablemente (1).» Si tales hombres escucharan la voz de los pequeñuelos del Evangelio, á los cuales el

(1) PSALM. XIII.

Altísimo complácese en comunicar la ciencia que oculta á los sábios y prudentes de la tierra (1), también ellos poseerían el gran secreto que une el Cielo con la tierra; la materia con el espíritu; la naturaleza con la gracia, y esta vida con la eternidad; y entonces ya no verían escándalos, anomalías, casualidades, sinó que en todas las cosas y en todas partes resplandecería á sus ojos el orden, la armonía y la infinita sabiduría; aquella sabiduría que hace brotar la luz de las tinieblas y el bien del mal, para el mayor triunfo de su omnipotencia. Esa sabiduría, hermanos míos, es la que contemplaremos esta noche en la desgracia que sobrevino á José en Belén, y por la cual cumpliéronse las profecías acerca del nacimiento del Salvador del mundo. Lo vereis despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

Ayer dejamos á José con su divina María á la puerta del hospicio de los peregrinos, donde todo el mundo tenía el derecho de pedir y obtener un pequeño aposento, siempre que no estuvieran todos ellos ocupados. Tal edificio, segun refiere el mismo Volney (2), existe todavía, bien que enteramente destruido y desmoronado por el tiempo; en términos, que solo véense de él miserables escombros de derruidas paredes, verdaderas madrigueras de escorpiones, donde, sin embargo, el viajero halla grato el reposar durante la noche, envuelto en una estera de juncos. José, pues, penetrando en el patio, pidió lo que á ninguno había sido nunca negado. ¡Oh Providencia de Dios! cuán inexcrutables son tus designios, y por que vías tan misteriosas conduces á la humanidad hácia su regeneracion! ¿Hubiera podido creer jamás David, aquel rey tan glorioso de Israel, que sus descendientes, ó más bien, el vástago de Jacob, el Mesías de los oráculos, el Cristo, el Deseado de las naciones, al cual él, cantando al sonido de su arpa enamorada, saludaba de léjos como á su Señor (3); debía verse reducido al extremo de tener que pedir á unas gentes pobres y oscuras un asilo por caridad, casi como si fuera el sér más desamparado de su nacion?

Empero, en tales circunstancias, no solo ambos esposos debían implorar la caridad, sinó que ni aún habían de obtenerla, á fin de que quedara confirmado, que el Hijo de Dios, al nacer, no tendría donde reclinar su cabeza ¡Así debía ser expiada la culpa primera! Y en efecto; los criados del meson respondieron á José: Aquí ya no hay si-

(1) Luc. x, 21.

(2) Viaje en Siria.

(3) Dixit Dominus Domino meo: sede a dextris meis. (PSALM. CIX. 1.)

tio para vosotros: idos en paz. ¡Oh José! ¿quién pudiera decirnos el pesar que en aquel momento debió sentir tu corazón, no por tí, seguramente, sinó por la Madre del Hijo de Dios, confiada á tu proteccion y á tu cariño? Y tu alma ¡oh dulce María! ¿qué experimentó en tal instante? ¡Oh! nosotros no nos equivocamos, ciertamente, creyendo que en tal apuro, Tú, divinamente resignada y risueña, dirigiste una mirada á tu santo esposo, y que con ella le dijiste que vuestro consuelo vendría del Cielo. ¡Ah! sin duda debías en aquel instante aparecer sublime, si es verdad que el pesar de la resignacion es el perfeccionamiento de la humana belleza. Empero, la prueba no había terminado todavía. José, no habiendo encontrado lugar en el hospicio de los peregrinos, penetró en la ciudad llevando del diestro su humilde jumento, con la esperanza de que algun caritativo betlemita le daría asilo por amor de Dios. ¡Vana esperanza! El concurso de forasteros era tal, á la sazón, que para él, siendo pobre, bien que tan santo, y llevando consigo una compañera tan delicada y tan pacientísima, no halló una guarida, un asilo cualquiera donde preservarse del frío y de la inclemencia de la noche. ¡Ah! ¿quién lo creyera? ¿Acaso era concebible que en toda la ciudad, por pequeña que fuera, no se hallara ya un lugar para ellos? Es lo cierto, á pesar de todo, hermanos míos, que José y María no encontraron ni un corazón siquiera que se apiadara de su apurada situacion. *Non fuit eis locus in diversorio*, ¡Oh! ¿dónde se halla, pues, esa tan ponderada humanidad respecto de los propios hermanos, de la cual hácese tanto alarde, considerándola como una gran virtud, si la pobreza no encuentra conmiseracion alguna? ¿Acaso esa pretendida humanidad consiste meramente en pomposas palabras, cuando no hay necesidad alguna de socorrer; ó solo tiende la mano cuando por tal motivo se recibe el incienso de la gloria, ó algun otro interés es su amplia compensacion? El caso de José era sobremanera apurado á causa de los rigores de la estacion. ¡Ah! la vista de su santa esposa María, cuya palidez era ya extremada, bien que siempre confiada en Dios y risueña, despedazaba su corazón. ¡Pobre José!

Y, hé aquí, hermanos míos, siempre más patente la gran revelacion que el Hijo de Dios, al encarnarse en el seno de la Virgen, nos hizo; esto es, que la vida presente no puede ménos de ser, y no ha de ser otra cosa que padecimientos, tribulaciones y dolor. Esa revelacion, bien lo sé, nos espanta; mas es ciertísimo, que no es posible ir al Cielo por otro camino. Despues de la culpa, la única escalera para subir á aquella mansion es la penitencia. ¡Bienaventurado, por lo mismo, aquel que tiene la suerte de comprender ese gran misterio,

y posee la virtud y el saber suficientes para conformarse con él! Y puesto que esa divina doctrina es el compendio de toda la vida humana, por eso el divino Salvador nos ofrece ejemplos de dicha enseñanza en la vida de todos los Santos. Y toda vez que ahora tratamos de este asunto, espero que no os pesará el oír el siguiente diálogo entre mi seráfico patriarca, san Francisco, y el hermano Leon, su compañero. Viajando, pues, esos dos siervos de Dios, desde Perugia á Santa María de los Angeles, y sufriendo un frío intensísimo, Francisco habló de esta manera al hermano Leon: Leon, escribe lo que te digo: Bien que los frailes menores den en todo país grandes ejemplos de santidad y de sólida edificacion, escribe: que no consiste en eso solamente la perfecta alegría. Y añadió: ¡Oh Leon! bien que el fraile menor alumbre á los ciegos, arroje á los demonios, vuelva el oído á los sordos, el habla á los mudos y rescite á los muertos, escribe: que no consiste tan solo en eso la perfecta alegría. Y siguió diciendo: Ni aunque el fraile menor supiera todas las lenguas, todas las ciencias y todas las Escrituras, y profetizara y revelara todas las cosas futuras, escribe: que tampoco en eso estriba la perfecta alegría. Y añadió además: ¡Oh hermano Leon, ovejuela de Dios! bien que el fraile menor supiera predicar tan admirablemente que convirtiera á todos los infieles á la fé de Cristo, escribe: que ni siquiera en eso está la perfecta alegría. Y prosiguiendo (segun refiere la crónica) en tan singular discurso por espacio de dos largas millas, el hermano Leon profundamente admirado, dirigióle esta pregunta: Yo te suplico, pues ¡oh padre! que me digas de parte de Dios, ¿en qué consiste la perfecta alegría? A cuya pregunta respondió san Francisco: Demos el caso que al llegar nosotros esta noche, y en hora bastante avanzada, á la puerta del convento, mojados por la lluvia, transidos de frío y atormentados por el hambre, y suplicando que se nos admita en él, el portero, en vez de abrir la puerta para recibirnos caritativamente, considerándonos como unos malhechores, nos dijera: Fuera de aquí, ladrones, que robais las limosnas de los pobres! y no nos abriera, dejándonos toda la noche en la intemperie. Pues bien; sepas, que si tuviéramos el valor suficiente para sufrir con paciencia tal injuria, sin sentir por ello el menor disgusto, ni murmurar, adorando, con humildad y resignacion la voluntad de Dios, que nos quiere mortificados; ahí, hermano, ahí, precisamente, hallaríamos la perfecta alegría. Y si nosotros prosiguiéramos llamando, el portero saliera fuera enteramente exasperado, nos cogiera por la capilla, nos arrojara al suelo, nos cubriera de nieve y nos apaleara reciamente con un ñudoso garrote, y nosotros sufriéramos todo eso

con paciencia, pensando en los padecimientos de Cristo bendito, lo cual debemos padecer tambien nosotros por su amor; ¡oh hermano Leon! escribe: que ahí, que ahí, repito, está la perfecta alegría. Empero, escucha la conclusion: Sobre todas las gracias y dones del Espiritu Santo, las cuales Cristo concede á sus amigos, la gracia mayor es el vencerse á sí mismo; y el sufrir voluntariamente y por su amor, las penas, las injurias, las molestias y toda suerte de adversidades. La leyenda es bella, hermanos míos, y su aplicacion fácil; por eso voy á terminar nuestra historia.

José, pues, rechazado del hospicio y de los betlemitas, abandonóse enteramente á la Providencia del Cielo, abroquelado en la tranquilidad y la resignacion de su conciencia. En efecto; si recibimos de las manos del Señor la prosperidad, decía Job, ¿por qué habríamos de rehusar el infortunio cuando éste viene para probarnos? Estad bien persuadidos, sin embargo, de que la Providencia conducirá á José y á la Virgen al lugar destinado, desde la eternidad, para el nacimiento del Redentor del mundo. José, habiendo salido de la ciudad con su tierna compañera, dirigióse hácia el campo, seguro de que aquel mismo Dios que le había protegido tan bondadosamente hasta entónces, acudiría en su auxilio. Conviene indicar ahora, que todo el territorio de los alrededores de Belen es montañoso, y cubierto por doquiera de rocas, por cuyo motivo existen acá y acullá gran número de cuevas, que servían de refugio á los caminantes; y allí, Dios, no sin un gran misterio, había preparado un asilo para los dos santos y humildísimos esposos. He dicho, no sin un gran misterio, porque la cueva en que éstos entraron hállabase situada precisamente en los escombros de la antigua torre ó palacio de David, tronco de su régia descendencia; de aquel David, al cual hábale sido prometido por el Cielo, que, por medio del Mesias, su progenie no perecería jamás; y ántes bien se perpetuaría hasta la consumacion de los siglos. *Et semen ejus in æternum manebit* (1).

Dicha torre hábala hecho edificar David, despues de haber sido elegido y consagrado rey de Israel; mas derruida paulatinamente por el tiempo, veíase trasformada, á la sazón, en una cueva, que ora servía de establo comun á los betlemitas, ora de asilo á los pastores, cuando durante la noche la tempestad arreciaba. Y ¿no había sido vaticinado por los profetas, que el Salvador nacería en un pesebre en medio de dos animales (2)? Allí, pues, por vías tan misteriosas, la divina sabiduría había conducido á la Virgen que le llevaba en su seno.

(1) PSALM. LXXXVIII.

(2) CANT. HABAC.

¡Oh cueva de Belen! tú eres, en realidad, afortunada y gloriosa, toda vez que mereciste recibir en tu recinto á Aquella, en cuyas castas entrañas albergábase, bajo humanas apariencias, el Criador del universo. ¡Oh! qué cosas tan grandes se referirán de tí, solo por haber dado acogida durante una noche á la Madre del Señor! Eso probará que Dios te amó, verdaderamente, más que á todas las tiendas magnificas de Jacob (1). Sí, puesto que en tu oscuro seno cumplirás la misericordia más grande que vieron los siglos; el beneficio de la Redencion, con el nacimiento del tan suspirado Salvador de la tierra. Inclinémonos, hermanos míos, ante el portal de Belen, y besemos, reverentes, su suelo, puesto que aquel es el tabernáculo santo del Dios de la Redencion (2). ¡Oh desdichada Belen, que no tuviste un ángulo para albergar al Hijo de Dios! semejante hecho demuestra, que la sociedad que existía entónces (la humanidad corrompida por la culpa original), nada tenía que ver con Cristo, y que su fin había llegado: y demuestra tambien que Cristo, al cual rehusó recibir en su seno, porque no participaba de su corrupcion, y que por lo mismo, que nada tomaba de ella, era, como debía ser, immaculado, segregado de los pecadores; vestido, sí, de la humanidad; pero de la humanidad purísima que había tomado del seno virginal de su Madre, María, daba principio á un nuevo mundo, una nueva humanidad, una sociedad nueva, y un nuevo orden de cosas y de siglos.

Y ese es el fundamento ¡oh Virgen bella y divina! de tu inefable grandeza, que excede á toda concepcion humana y angélica, mostrándonos claramente tu original integridad, por la cual fuiste digna de hospedar en tu seno al Hijo de Dios! Y sin embargo, ¡oh dolor! en el momento mismo en que debías darlo á luz, nosotros te vemos obligada á guarecerte en una miserable cueva, en una noche crudísima de invierno, donde á duras penas se refugiaban los animales al verse acometidos por la tempestad. ¡Ah! en vista de un suceso tan extraordinario, nuestra razon se confunde y nuestro corazon siéntese desgarrado por el pesar. Solo para Tí no debía haber un ángulo para albergarte en la ciudad de tus abuelos; para Tí, hija primogénita del Altísimo, flor de belleza, de inocencia, y excelsa sobre todas las hijas de Israel! para Tí, ya madre, hacía nueve meses, del Criador del universo; y en el corazon de un rigurosísimo invierno. ¡Ay de tí, oh Belen, vituperio de Israel! ¿Qué dirán de tí las futuras generaciones, cuando la gloria de esa Virgen, unida á la de su Hijo, sea la

(1) PSALM. LXXXVI, 1.

(2) Præ. Liturg. in Nat. Dom.

gloria mayor del universo? Empero ¿qué digo, oh santísima Virgen, si nosotros mismos, infinitamente peores que los hijos de Judá, los cuales, al fin y al cabo, no te conocían; nosotros, que sabemos cual es tu excelencia y tantas veces hemos experimentado tu tiernísimo afecto, te rechazamos tan brutalmente de nuestro corazon para hacer reinar en él las infames pasiones del mundo, de la carne y de la sangre? ¡Oh, Madre de misericordia! ten piedad de tus ingratos hijos, que ya ni siquiera merecen pronunciar tu dulce nombre! Ten, sí, piedad de nosotros ¡oh María! que ya detestamos tanta iniquidad, y prometemos una saludable enmienda. Sí ¡oh Madre amorosa! nosotros, desde hoy en adelante, queremos ser enteramente tuyos; amarte á Ti sola, despues de Dios, Hijo tuyo y Redentor nuestro; queremos amarte para siempre, con todo el afecto de nuestro corazon, para ser siempre tuyos, y únicamente tuyos, en este mundo y en la eternidad. ASÍ SEA.

---

## DIA VEINTE.

---

### MARÍA VÍRGEN Y MADRE.

*Peperit filium suum primogenitum  
et reclinavit eum in presepio.*

Parió á su hijo primogénito, y recostóle en un pesebre.

(Luc. II, 1.)

Infinitas son las diferencias que median entre los hombres y Dios, hermanos míos, y la principal consiste, en que aquéllos hacen mil ofertas de ayuda, de amistad, de proteccion en todas las necesidades de la vida, y no cumplen ninguna; miéntras que la palabra del Señor permanece eternamente. Laban jura á Jacob darle por esposa á Raquel, si le ayuda durante siete años en la tarea de apacentar rebaños: y Jacob acepta el pacto y cumple todo el tiempo del largo sa-